

# Homilía del Excmo. Sr. D. Rafael González Moralejo, obispo vicario capitular de Valencia, en la Misa de apertura de los actos conmemorativos del II Centenario de la Fundación de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos

Excelentísimos e ilustrísimos señores y queridos hermanos todos en Nuestro Señor Jesucristo: Las lecturas sagradas que dentro de la liturgia de la Santa Misa acabamos de escuchar ponen de relieve dos ideas principales: por una parte, la necesidad del trabajo, del esfuerzo constante y generoso que la vocación cristiana exige de quien quiere ser fiel a ella, para cumplir en el mundo la misión de perfeccionamiento propio y de servicio a los hermanos que Cristo nos encomendó; por otra, la seguridad de que la misericordia y la bondad divinas nos solicitan constantemente a esa fidelidad en todos los momentos y edades de la vida, sin que para ello sean obstáculo los desfallecimientos, las debilidades e incluso los pecados de los hombres.

Bajo este doble signo de amor misericordioso de Cristo y de cooperación esforzada del hombre a la obra de su propia santificación y a la de sus hermanos, resalta mejor el misterio de salvación que la Iglesia realiza en la tierra. Y dentro de ese marco se comprende mejor la significación del acto que hoy nos congrega en torno a este altar.

Celebra hoy vuestra ilustre corporación, la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, la fecha dos veces centenaria de su fundación. Y habéis querido iniciar los actos conmemorativos con esta reunión eucarística, invitando al prelado, que temporalmente sirve a esta diócesis, para presidir vuestra asamblea en torno al altar.

Yo os agradezco muy de corazón la distinción que me habéis otorgado nombrándome miembro de honor de la Junta del Centenario. Y ya que esta tarde no pueda acompañaros en la sesión solemne y pública que se ha de celebrar en el salón de actos de vuestra ilustre y real Academia, celebro de veras el que vuestra invitación para celebrar esta Misa me permita no sólo unirme personalmente y de corazón a vuestros actos conmemorativos, sino unirme con vosotros a ellos, precisamente en mi calidad de sacerdote y pastor, de ministro de Cristo y dispensador de los misterios divinos.

Porque entiendo que este acto no es efectivamente, no puede ser, tan sólo simple cumplimiento de una costumbre tradicional y como parte de un programa que, consuetudinariamente establecido, debe respetarse por simples imperativos humanos. Por el contrario, es un acto auténticamente religioso en el que

colectivamente queréis hacer profesión de vuestra fe y, sobre todo, elevar hacia Dios vuestras preces de acción de gracias por los años que vuestra corporación subsiste y por los frutos que de su actividad se siguieron para el arte, para el pueblo y para la Iglesia a la que pertenecéis. Al mismo tiempo, oración humilde y confiada, que pide al Señor, a través del sacrificio eucarístico en el que participáis como comunidad cristiana, sus luces y gracias para seguir sirviéndole en busca constante del mejor modo de manifestar visiblemente las innumerables facetas de Su belleza, de Su verdad y Su bondad.

Vuestra actitud responde plenamente, tanto a la historia de la ilustre corporación a la que pertenecéis como a la fuerza que mueve e inspira en todo momento vuestra verdadera vocación de servidores del arte.

La Iglesia —os recordaba el Concilio en su mensaje, dirigido precisamente a los artistas— está íntimamente aliada con vosotros. Vosotros habéis construido y decorado sus templos, celebrado sus dogmas, enriquecido su liturgia. Vosotros habéis ayudado a traducir su divino mensaje en la lengua de las formas y las figuras, convirtiendo en visible el mundo invisible de lo sobrenatural.

Y lo que vuestros ilustres predecesores y vosotros mismos venís practicando como testimonio vivo y ejemplar de una fe que os confiere vuestra más elevada dignidad, lo ha hecho igualmente desde sus mismos albores la noble corporación a la que os honráis en pertenecer.

Nació ella como resultado de una larga evolución, que estuvo siempre ligada a la iglesia valentina. Fue primero la Academia de Nobles Artes de Santa Bárbara, fundada en 1752 y bautizada así en honor de la reina doña Bárbara de Braganza, esposa de Fernando VI e hija de los Reyes de Portugal. Alma de aquella institución fueron los hermanos Ignacio Vergara, escultor, y José Vergara, pintor, nombres que resultan familiares a todo valenciano y aun a todo español, precisamente por los tesoros religiosos que con sus gubias y pinces dejaron en nuestros templos.

Instalada desde un principio en los locales de nuestra vieja Universidad, tenía su puerta principal en la que recae frente a la calle del Pintor Sorolla, debajo del antiguo reloj, construida en 1604 por orden

del Patriarca San Juan de Ribera —arzobispo y canciller de la Universidad de Valencia y gran mecenas de toda obra de arte en servicio de la religión— a fin de que el rumor de los muchachos estudiantes de la Universidad a su entrada en nuestro centro académico no estorbaran la paz y el recogimiento propio de los oficios que se celebraban en esta Real Capilla de Corpus Christi.

Dieciséis años más tarde y tal día como hoy —el 14 de febrero de 1768— el rey Carlos III firmaba en el palacio del Pardo una pragmática, por la que la antigua Academia de Santa Bárbara pasaba a denominarse de Nobles Artes de San Carlos.

Dos siglos enteros, pues, en servicio del arte, que es lo mismo que decir de la belleza, de la verdad y del bien, cuya suma expresión y fuente originaria es Dios bendito y Padre de misericordias. Dos siglos en los cuales la historia de vuestra Academia ha estado vinculada con nombres ilustres de arzobispos valentinos, como Andrés Mayoral y Fabián y Fuero. Dos siglos a lo largo de los cuales la importancia que fue adquiriendo vuestra corporación obligó a trasladarla dos veces de domicilio: la primera, para ocupar el antiguo convento de padres carmelitas de la populosa

barriada del Carmen, y bien recientemente, al antiguo convento de San Pío V.

Trabajo perseverante, humilde y paciente en servicio de esa doble vocación que hace del artista cristiano testigo de Jesucristo y revelador de su figura en formas tangibles. Y confianza en la bondad inagotable de Dios, que ha querido bendecir a vuestra Academia y a vuestra profesión durante los dos últimos siglos. He aquí la síntesis de una historia fecunda tan ligada, como vosotros bien sabéis, a Dios y a la Iglesia.

Permitidme que para terminar os manifieste con palabras del Concilio Vaticano II mi confianza en vuestra obra:

«Este mundo en que vivimos tiene necesidad de la belleza para no caer en la desesperanza. La belleza, como la verdad, es quien pone la alegría en el corazón de los hombres. Es el fruto precioso que resiste la usura del tiempo, que une las generaciones y las hace comunicarse en la admiración.»

Sed siempre y en todo lugar dignos de vuestro ideal y seréis dignos de la Iglesia, que por mi voz os dirige en este día su mensaje de amistad, de gracia, de homenaje y de bendición.

Capilla del Patriarca, a 14 de febrero de 1968.

*+Rafael G. Moralejo*